

en el hombre su persona (identidad y apertura al otro), el momento de construir un mundo en donde, en palabras de A. Saint-Exupery: “No me basta con reconocer qué grano de trigo deseo para que él germine. Si yo quiero salvar a un tipo de ser humano debo salvar también los principios que le fundan”. Carlos Díaz, en la construcción de este propósito posible pone una gran piedra, aunque él sabe y dice que la casa hemos de construirla entre todos.

José Manuel Bautista

Diderot, D.: *Escritos sobre arte*, Siruela, Madrid, 1994, 200 págs.

En los últimos diez años, ha venido sucediéndose la publicación de algunas de las mejores fuentes de la estética ilustrada. A las traducciones de Adison, Hutcheson, Burke y *Los pensamientos sueltos sobre la pintura* de Diderot, se suma ahora la edición de una preciosista antología de textos estéticos de este último autor realizada por Siruela. Como la selección es pertinente, la traducción impecable y la presentación cuidadísima, el libro se hace leer.

Se han dividido los textos en dos grandes apartados. El primero, que recoge los referentes a la estética y a la filosofía del arte, se compone de las voces *Bello* y *Genio* escritas para la Enciclopedia, además del fragmento póstumo *Sobre el genio*. El segundo, que espiga los inscritos en crítica y teoría de las artes, incluye una antología de los *Salones* y una selección de ensayos y pensamientos breves.

No cabe recoger el tratamiento positivo de Diderot; pero interesa consignar la sorpresa ante la lectura llevada a cabo en el artículo *Bello* de la *Enciclopedia* –que recibiría después el título mucho más ajustado de *Investigaciones sobre el origen y la naturaleza de lo bello*– de la estética británica anterior al recoger y criticar los planteamientos de Hutcheson y Shaftesbury. No sólo por el cambio de orden al exponer al escocés antes que al inglés; ni siquiera exclusivamente por desvincular su estética de su ética, como si fuera posible comprender sus planteamientos en torno al sentido estético al margen de sus tesis sobre el sentido moral y, por tanto, de su oposición al calvinismo hobbesiano; sino fundamentalmente por su incomprensión de Shaftesbury, a quien endosa la postura –típicamente atribuida a Berkeley– según la cual el fundamento exclusivo de la belleza es la utilidad. Porque, aunque Diderot siga únicamente la *Investigación sobre la virtud y el mérito* que él mismo había traducido, y no aluda a *Los moralistas*, ni siquiera así cabe endilgarle semejante tesis manteniendo en consecuencia que “el sistema propuesto en el *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, en el que se toma lo útil por el solo y único fundamento de lo bello, es más defectuoso todavía que ninguno de los precedentes” (p. 19). De he-

cho, las dos críticas que Diderot dirige contra el presunto utilitarismo de Shaftesbury tienen su origen en el pensador inglés: la primera, de acuerdo con la cual, si la utilidad tuviera como único fundamento la belleza las puertas tendrían forma de ataúdes está tomada de la obra que Hutcheson escribió explícitamente en defensa de Shaftesbury; y la segunda, a tenor de la cual, para disfrutar de la belleza de algo no hace falta ser su propietario, puede encontrarse en *Los moralistas*.

Sin embargo, en otros momentos, Diderot parece seguir a Shaftesbury. Tanto en *Un breve corolario de lo que procede* como en *De la belleza* mantiene que “lo verdadero, lo bello y lo bueno se hallan muy cerca” y que lo que añade la belleza a la bondad y a la verdad es alguna circunstancia rara y resplandeciente (cfr. p. 148 y 191) para definir después, también en plena vena shaftesburyana, el gusto como “una facilidad adquirida, mediante esperiencias reiteradas, para captar lo verdadero o lo bueno con la circunstancia que lo hace bello y ser rápida y vivamente impresionados” (p. 149).

La importancia de Diderot en la historia de la Estética determina el grado de acierto de la edición de Siruela. La excelente traducción, la relevancia de los textos, y la pulcritud de la presentación hacen muy recomendable la obra.

Jorge V. Arregui



Guardini, Romano: *Lettere dal Lago di Como. La tecnica e l'uomo*, Morcelliana, Brescia, 1993, 113 págs.

La editorial Morcelliana viene realizando un interesante esfuerzo por editar, en italiano, las obras completas de Romano Guardini. Actualmente cuenta con treinta y nueve volúmenes en las librerías y otros tres en preparación. El que nos ocupa es una colección de cartas publicadas en la revista *Schildgenossen* entre los años 1923 y 1925. La temática es circunscrible al debate que, durante los primeros decenios de nuestro siglo –con ponentes de la talla de Weber, Spengler, Heidegger, etc.–, se abre en torno a la conveniencia y sentido de la entonces emergente *sociedad técnica*. La visión de Guardini combina su innegable habilidad literaria –las descripciones de sus paseos por el Lago de Como, o la riqueza imaginativa y lírica de los ejemplos que usa son sencillamente magistrales– con una visión pesimista de la evolución social que sólo encontrará algún atisbo de superación en la última de las nueve cartas que componen el libro. ¿Qué es lo que preocupa al pensador germano-italiano? Su dolor principal –me parece que el término adecuado de su sentimiento sea sólo ese– se plasma con la toma de conciencia de la separación que se está llevando a cabo entre las obras del hombre que conservan una medida humana (y, por lo tanto, que responden al ideal de *continuatio*